

SARAH J. MAAS

SERIE BESTSELLER DE *THE NEW YORK TIMES*

REINO
DE
CENIZAS

De la serie TRONO DE CRISTAL

LA BATALLA FINAL HA LLEGADO.

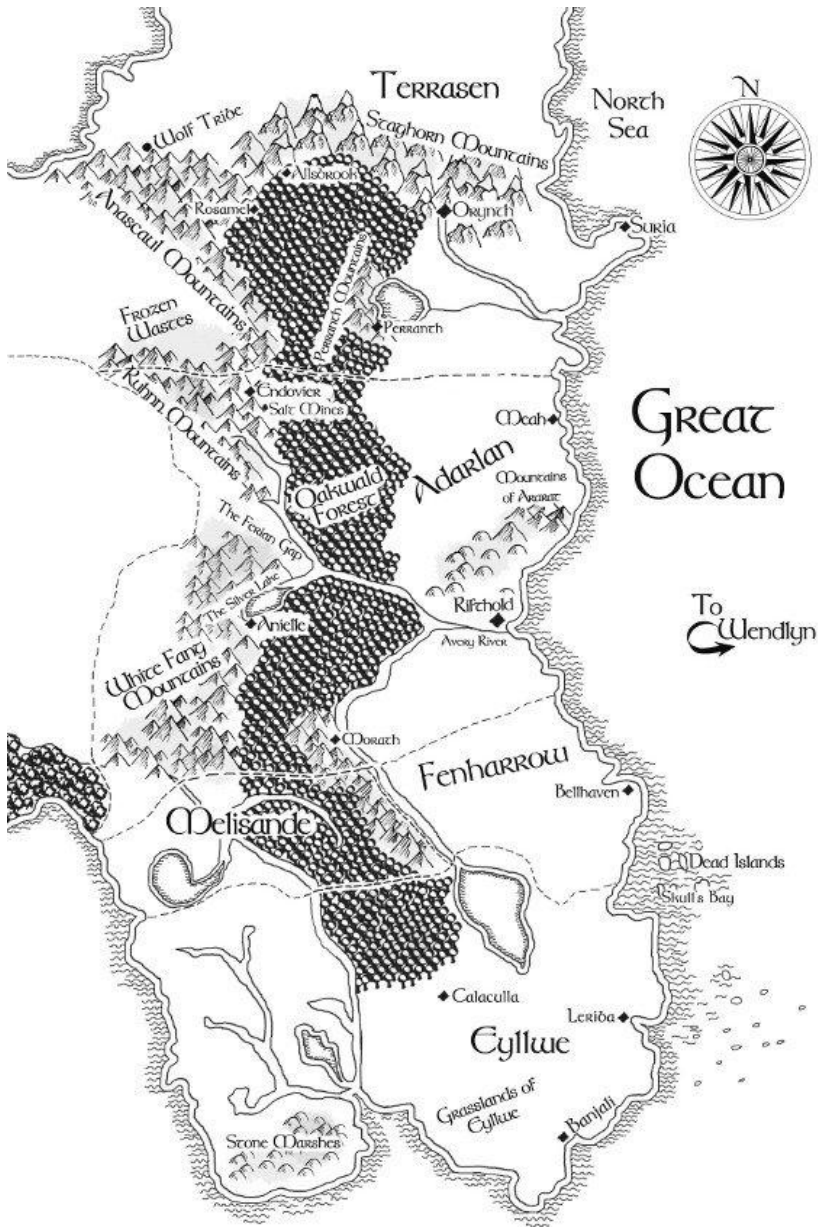
Aelin Galathynius juró salvar a su pueblo... pero a un costo altísimo. Encerrada en un ataúd de metal por la reina de las hadas, Aelin debe reunir toda su voluntad para soportar meses de tortura. Saber que rendirse ante Maeve condenaría a todos a los que ama es lo único que la mantiene firme, pero su determinación se desvanece poco a poco con cada día que transcurre.

Con Aelin capturada, sus amigos y aliados se dispersan por caminos distintos. Algunos lazos se volverán más fuertes, mientras que otros se romperán para siempre.

Cuando los destinos se reúnan en el final, todos deberán luchar si desean que Erilea tenga alguna esperanza de salvación...

*Para mis padres, que me enseñaron
a creer que las chicas pueden salvar el mundo.*





El príncipe

La había estado buscando desde el instante en que se la llevaron.

Su pareja.

Apenas recordaba su propio nombre. Y tan solo lo recordaba porque sus tres compañeros lo mencionaban mientras la buscaban entre mares violentos y oscuros, en los antiguos bosques dormidos, en las cimas de montañas azotadas por tormentas y sepultadas bajo la nieve.

Él se detenía apenas el tiempo necesario para alimentar su cuerpo y concederles unas cuantas horas de sueño a sus compañeros. De no ser por ellos, ya se habría ido volando alto y lejos.

Pero iba a necesitar la fuerza de sus espadas y magia, iba a necesitar su astucia y sabiduría antes de que todo esto terminara.

Antes de enfrentar a la reina oscura que le había arrancado lo más preciado de sí mismo, que le había robado a su pareja mucho antes de encerrarla en un féretro de hierro. Y cuando terminara con ella, después de eso, se enfrentaría a los mismísimos dioses desalmados, decididos a destruir lo que quedara de su pareja.

Así que permaneció con sus compañeros mientras pasaban los días. Luego las semanas.

Luego los meses.

Siguió buscando. Siguió buscándola por todos los caminos polvorientos y olvidados.

Y, a veces, hablaba a lo largo de ese vínculo que los unía, enviaba su alma por el viento hacia el sitio donde la

mantenían cautiva, en su tumba.
Te voy a encontrar.

La princesa



El hierro la ahogaba. Había apagado el fuego en sus venas como si hubieran lanzado agua a sus flamas.

Podía escuchar el agua, incluso dentro de la caja de hierro, incluso con la máscara de hierro y las cadenas que la envolvían como listones de seda. El rugido, el interminable sonido del agua que corría sobre la piedra, inundaba los silencios entre sus gritos.

Una franja de isla en el corazón de un río envuelto en bruma, apenas un poco más que una roca plana entre rápidos y cascadas. Ahí la habían dejado. Ahí la habían almacenado. En un templo de roca construido para algún dios olvidado.

Y probablemente ella sería olvidada. Eso sería preferible a la otra opción: que la recordaran por su absoluto fracaso. Si todavía hubiera alguien que la recordara. Si quedara alguien siquiera.

No lo permitiría. Ese fracaso.

No les diría lo que deseaban saber.

No importaba cuántas veces el sonido de sus gritos ahogara el rugido del río. No importaba cuántas veces el crujir de sus huesos desgajara el bramido atronador de los rápidos.

Había intentado llevar un registro de los días.

Pero no sabía cuánto tiempo la habían mantenido en esa caja de hierro. Cuánto tiempo la habían obligado a dormir, cuánto había pasado en el aletargamiento que le pro-

vocaba el humo dulce que habían vertido en la caja cuando la transportaron ahí. A esta isla, a este templo del dolor.

No sabía cuánto tiempo habían durado los intervalos entre sus gritos y su vigilia. Entre el final del dolor y el momento en que iniciaba de nuevo.

Días, meses, años, todo se fundía en lo mismo, como su propia sangre, que con frecuencia se deslizaba al piso de piedra y se disolvía en el río.

Una princesa que debería vivir mil años. Más.

Ese había sido su don. Ahora era su maldición.

Otra maldición que soportar, tan pesada como la que le habían impuesto mucho antes de nacer. Sacrificarse para subsanar un error antiguo. Para pagar a los dioses que habían fundado su mundo, que se habían quedado atrapados en él, la deuda de alguien más. El mundo que esos dioses luego gobernaron.

Ella no sentía la mano cálida de la diosa que la había bendecido y maldecido con su terrible poder. Se preguntaba si a esa diosa de luz y flama siquiera le importaba que ahora estuviera atrapada dentro de la caja de hierro, o si el ser inmortal ya había transferido su atención a otra persona. Al rey que podría ofrecerse en su lugar y, al ofrecer su vida, salvar su mundo.

A los dioses no les importaba quién pagara la deuda. Por eso sabía que no vendrían por ella a salvarla. Así que ni se molestó en rezarles.

Pero seguía contándose la historia a sí misma, seguía imaginando a veces que el río le cantaba. Que la oscuridad que vivía dentro del ataúd sellado también le cantaba.

Había una vez, en una tierra que hace mucho tiempo quedó reducida a cenizas, una joven princesa que amaba su reino...

Entonces empezaba a descender profundamente en esa oscuridad, en el mar de flamas. Se sumergía tan profundo que cuando restallaba el látigo, cuando se desgajaba el hueso, a veces no lo sentía.

La mayoría de las veces sí.

Durante esas horas infinitas fijaba su mirada en su compañero.

No en el cazador de la reina, quien podía modular el dolor como un músico extrae la melodía de su instrumento, sino en el enorme lobo blanco, amarrado con cadenas invisibles. Forzado a ser testigo de todo esto.

Algunos días no podía soportar ver al lobo. En esos momentos había estado cerca, demasiado cerca, de romperse. Lo único que evitó que sucediera fue la historia.

Había una vez, en una tierra que hace mucho tiempo quedó reducida a cenizas, una joven princesa que amaba su reino...

Las palabras que le había dicho a un príncipe. Una vez... hacía mucho tiempo.

Un príncipe de hielo y viento. Un príncipe que había sido suyo, y ella de él. Mucho antes de que supieran del vínculo entre sus almas.

La tarea de proteger el reino alguna vez glorioso ahora recaía sobre los hombros de él.

El príncipe cuyo aroma estaba besado de pino y nieve, el aroma de ese reino que ella había amado con su Corazón de Fuego.

Incluso cuando la reina oscura supervisaba el esmerado trabajo del cazador, la princesa pensaba en él. Se aferraba a su recuerdo como si fuera una roca en el río revuelto.

La reina oscura con sonrisa de araña intentó usarlo en su contra. En las redes de obsidiana que tejía, las ilusiones y sueños que hilaba en la culminación de cada punto de quiebre, la reina intentaba manipular el recuerdo de él como una llave para entrar a su mente.

Estaban confundiéndose. Las mentiras y las verdades y los recuerdos. El sueño y la negrura del ataúd de hierro. Los días atada al altar de roca en el centro de la habitación, o colgada de un gancho del techo, o amarrada entre cade-

nas ancladas a un muro de piedra. Todo empezaba a difuminarse, como tinta en el agua.

Así que se contó a sí misma la historia. La oscuridad y la flama de su más profundo interior la susurraba también, y ella se la cantaba también. Encerrada en ese ataúd escondido en una isla en el corazón de un río, la princesa recitaba la historia, una y otra vez, y permitía que desataran una eternidad de dolor sobre su cuerpo.

Había una vez, en una tierra que hace mucho tiempo quedó reducida a cenizas, una joven princesa que amaba su reino...

PARTE UNO
EJÉRCITOS Y ALIADOS

Capítulo 1



La nieve había llegado antes de tiempo.

Incluso para Terrasen, la primera tormenta otoñal había entrado mucho antes de lo usual.

Aedion Ashryver no estaba completamente seguro si era una bendición. Pero si eso mantenía a las legiones de Morath lejos de su puerta un poco más, les agradecería a los dioses de rodillas. Aunque esos mismos dioses amenazaran todo lo que él amaba. Si siquiera podían considerarse dioses esos seres de otro mundo.

Aedion suponía que había cosas más importantes que contemplar, de cualquier forma.

En las dos semanas desde que se había reunido con su Flagelo, no habían visto rastro de las fuerzas de Erawan, ni terrestres ni aéreas. La nieve espesa había empezado a caer apenas tres días después de su regreso, entorpeciendo el proceso de por sí lento de transportar a las tropas desde su flota congregada hasta el enorme campamento del Flagelo en la planicie de Theralis.

Las embarcaciones habían navegado tierra adentro por el río Florine, justo hasta las puertas de Orynth. Tenían banderas de todos los colores que ondeaban con el viento intenso proveniente de las montañas Staghorn: el cobalto y dorado de Wendlyn, el negro y carmesí de Ansel de Briarcliff, el plateado brillante de la realeza Whitethorn y sus muchos primos. Los Asesinos Silenciosos, esparcidos por toda la flota, no tenían bandera aunque ninguna era necesaria

para identificarlos ya que tenían ropa de color claro y un gran surtido de armas soberbias y letales.

Los barcos pronto se reunirían con la retaguardia que quedaba en la desembocadura del Florine y patrullarían la costa desde Ilium hasta Suria, pero los soldados de a pie, la mayoría provenientes de las fuerzas del Príncipe Heredero Galan Ashryver, irían al frente.

Un frente que ahora estaba sepultado bajo un par de metros de nieve. Que sin duda serían más en su futuro.

Escondido sobre un angosto paso de montaña en las Staghorn detrás de Allsbrook, Aedion frunció el ceño hacia las nubes cargadas.

Las pieles color claro de su vestimenta lo hacían confundirse con los grises y blancos de la saliente rocosa. Su cabello dorado estaba oculto bajo una capucha que también lo mantenía caliente. Muchas de las tropas de Galan nunca habían visto la nieve, gracias al clima templado de Wendlyn. La realeza Whitethorn y su fuerza un poco menor tampoco estaban acostumbradas. Así que Aedion había dejado a Kyllian, su comandante de mayor confianza, encargado de asegurarse de que estuvieran tan protegidos del frío como fuera posible.

Estaban lejos de casa, peleando por una reina que no conocían y en quien tal vez ni siquiera creían. Ese frío helado les mataría el espíritu y sembraría disensión con más rapidez que el viento ululante que corría entre esos picos.

Un movimiento rápido del otro lado del paso atrajo la atención de Aedion. Solo era visible porque él sabía dónde buscar.

Ella se había camuflado mejor que él. Pero Lysandra tenía la ventaja de estar usando un abrigo que había sido criado para estas montañas.

Aunque él no se lo había dicho. Ni siquiera la había volteado a ver cuando partieron en su misión de exploración.

Aelin, aparentemente, había tenido un asunto secreto que atender en Eldrys y dejó una nota con Galan y sus nuevos aliados para explicar su desaparición. Lo cual le permitió a Lysandra acompañarlos en esta tarea.

Nadie había notado, en los dos meses que habían mantenido la farsa, que la Reina de Fuego no tenía ni una brasa que invocar. Ni que ella y la metamorfa nunca aparecían en el mismo sitio. Y nadie, ni los Asesinos Silenciosos del Desierto Rojo, ni Galan Ashryver, ni las tropas que Ansel de Briarcliff había enviado con la flota como avanzada antes del grueso de su ejército, se había percatado de los pequeños atributos que no le pertenecían a *Aelin* para nada. Tampoco nadie había notado la marca en la muñeca de la reina que, sin importar la piel que tuviera, Lysandra no podía cambiar.

Ella había logrado ocultar bastante bien la marca con guantes o mangas largas. Y si una porción de piel cicatrizada llegaba a asomarse, se podía explicar como parte de las marcas que le habían dejado los grilletes.

Las cicatrices falsas también las había agregado, justo donde las tenía *Aelin*. Junto con la risa y la sonrisa malvada. El porte altivo y la inmovilidad.

Aedion apenas podía soportar verla. Hablar con ella. Lo hizo solamente porque tenía que mantener la farsa también. Fingir que era su primo fiel, su valiente comandante que conduciría a ella y a Terrasen a la victoria, por improbable que fuera.

Así que actuó su rol. Uno de los muchos que había interpretado en su vida.

Pero en el momento en que Lysandra cambiaba su cabello dorado por mechones oscuros, los ojos Ashryver por unos color esmeralda, dejaba de reconocer su existencia. Algunos días, el nudo de Terrasen que *Aedion* tenía tatuado en el pecho, los nombres de su reina y su incipiente corte entretejidos en él, se sentía como una marca de ganado. En especial el de Lysandra.